



# REFLEJOS

Mavely Melchor

*Lic. en Médico Estomatólogo*

**T**e miras al espejo e intentas comprender qué es lo que cambió, pero más allá de las oscuras ojeras, no encuentras nada.

*Eres tú. Siempre has sido tú.*

Pero algo no está bien; hay algo en ese reflejo que no se siente correcto.

Te apartas el cabello de la cara y jurarías que es ahí donde está el error, si bien sigue igual de sedoso que siempre, con los mismos rizos indomables y el color...

*...el color...*

Ha cambiado tantas veces que no puedes saber con certeza si solo es por el nuevo tinte o si ese ha sido siempre tu tono. E, incluso así, sabes que esos cambios son normales y que no es lo que estabas buscando.

El desayuno está frío y tus manos tiemblan mientras tratas de encender el fuego para calentarlo, pero no hay gas. Olvidaste llamar a la compañía. Decides no preocuparte, aunque has olvidado muchas cosas últimamente, y quieres convencerte de que solo es un poco de estrés porque tus hijos están preocupados por la escuela.

¿Qué te está pasando?

Sales de casa y te aseguras de que las llaves estén en tu bolsillo; las tocas en todo momento para confirmar que siguen ahí. Haces tus compras y, al volver, descubres que ya tenías en casa la mitad de las cosas que llevaste.

Bien. No importa. Te dices que mañana puedes usarlas y que te ahorrarás la salida, aunque al final decides que no tienes hambre y que todo eso que llevaste se quedará para otro día.

Esa noche, cuando vas a dormir, evitas mirar el espejo que no ha dejado de incomodarte, ahí como una aguja clavada en el fondo de tu mente.

Lo primero que haces al despertar es verte al espejo. Algo no está bien. Algo cambió y no sabes qué es.

Lo ignoras y vas a realizar tus trabajos del día. Sales a hacer tus compras y, al volver, descubres que ya tenías en casa la mitad de las cosas que llevaste.

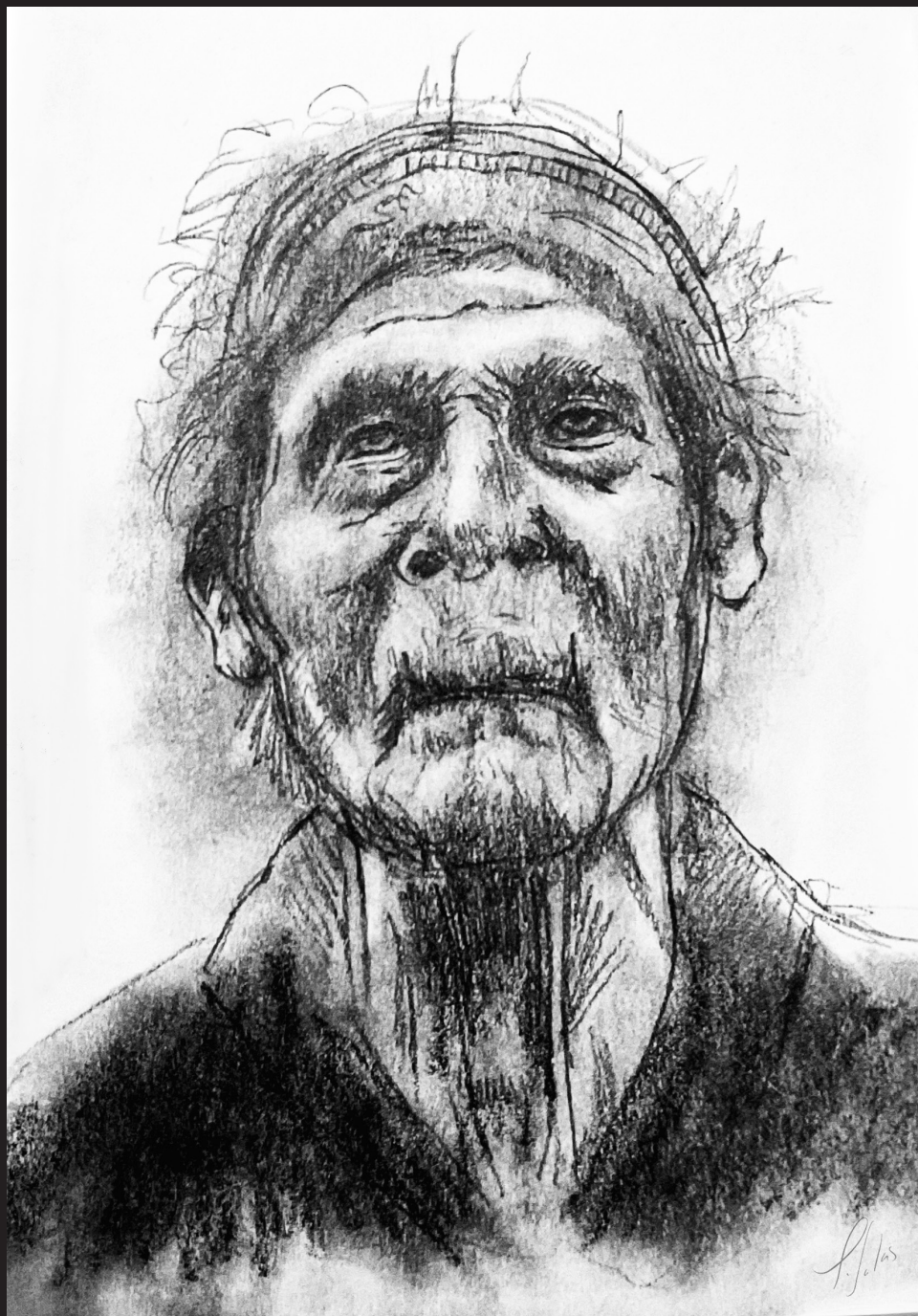
Bien. No importa. Mañana puedes usarlas y te ahorrarás la salida. Dejas todo junto a las cosas que abandonaste sobre la encimera el día anterior... ¿O fue acaso hace una semana?

Comienzas a preparar tu comida, pero no hay gas. Justo cuando te dices que no hay problema, que en realidad no tienes hambre, tus hijos entran a la cocina. Recuerdas entonces que son ellos quienes están preocupados por la escuela de sus hijos y no tú. Claro, debe ser que quieres tanto a tus nietos que hiciste tuyos los temores de sus padres.

Esa noche, al observar con atención el reflejo que te devuelve la mirada, por fin notas qué está mal.

La cara no es la misma que te saludaba esa mañana.

Y, aun así, eres tú. Siempre has sido tú.



*Memoria*, Pedro de David Salas Muñoz